DE ARTE

CORPUS CHRISTI

LA iglesia ha celebrado siempre con gran solemnidad el *Corpus Christi* el Jueves de la Semana Santa; mas como los oficios lúgubres de la misma contrastan notablemente con los oficios y ceremonias del Santísimo Sacramento, el Papa Urbano IV instituyó, por bula dictada en 1263, una fiesta particular, fijada el jueves después del domingo de la Santísima Trinidad.

A decir de algunos, ya en el primer tercio del siglo XIII el piadoso obispo de Sieger instituyó en su diócesis una procesión anual un jueves después de la Pascua de Pentecostés, en que se llevaba por objeto principal el Señor Sacramentado en un grande y rico relicario de plata y oro, y conducido debajo del palio en los hombros de seis u ocho sacerdotes vestidos de sobrepelliz y capas de coro.

Desde el siglo XIV se observó esta festividad con gran aparato y lujo en diferentes partes del mundo, y en España, Madrid, Toledo, Sevilla, Zaragoza, Barcelona, Valencia y Granada rivalizaron a cual más para llevar a cabo con gran solemnidad la procesión del Corpus. En el reinado de Isabel la Católica y Felipe II era lucidísima esta procesión, en la cual se celebraban danzas, autos sacramentales y acompañada de mogigones, comparsas, músicos, tamboril y gaita, la Tarasca y Gigantes y Cabezudos.

La carrera que había de llevar la procesión estaba entoldada y en las calles, alfombradas de juncias y flores, había multitud de puestos donde se vendían *confites del Sacramento* y *bolas del Mogigón*. Infinidad de alta-

res ponían en la carrera, donde se habían de celebrar las llamadas *paradas*, donde se cantaban por los músicos algunos *motetes*. La festividad del Corpus se celebra hoy con gran solemnidad en muchas catedrales e iglesias de España, conservando aún algunas de estas costumbres antiguas, y en Sevilla, Valencia, Toledo, Zaragoza y más principalmente en Granada el lujo y riqueza con que celebran esta procesión, los altares ornamentados con plata y pedrería, las custodias, riquísimas obras de arte, ternos y capas de los prebendados y las cruces parroquiales obras admirables de orfebrería, atraen a los forasteros ávidos de contemplar tales maravillas de arte.

Y en verdad que en este día el arte cristiano ostenta toda su riqueza. La admirable custodia de Daroca, pueblo que se cree fué el primero que solemnizó el Corpus en España, es de las que ocupan el primer lugar; dicha custodia es del principio del siglo XIII, ampliada y restaurada en siglos posteriores; es de plata sobredorada 1'20 metros de altura y se conduce en andas de plata repujada. La del monasterio de Sahagún es un tipo grandioso de platería que parece esculpida en mármol, de sobriedad y elegancia superiores, y que algunos comparan con el Cogollo de Cádiz, aunque ésta es muy inferior. Es de plata y se atribuye su construcción a Enrique Arfe y reputada como la mejor de este artista. La custodia de Barcelona es la llamada de ciprés; compone un conjunto admirable de gusto exquisito y de grandeza bien interpretada; los cuatro querubes esmaltados que adornan a ésta, son posteriores, del siglo XVII.

Una de las más bellas del estilo plateresco es la de Zaragoza sin duda; se admira en ella la grandiosidad de línea de los templos ojivales y la factura y belleza del arte florentino. El modelo de esta custodia se atribuye al pintor Jerónimo Cosida; tiene dos metros de altura y pesa 207 kilogramos, de plata sin dorar. El viril, de oro y pedrería, es de Estrada.

La de la catedral de Toledo, encargada por el gran Cisneros a Enrique Arfe, es muy suntuosa, de estilo gótico, aunque aísla mucho sus elementos; viéndose por esta razón detalles al descubierto que desdican algo de su conjunto.

Las piezas de oro, entre ellas el viril y la cruz del remate, son de época posterior, de Lainer.

Merino reparó el viril y éste y Valdivieso la doraron. Tiene 260 estatuitas y pesa 178 kilogramos de plata y 14 de oro.

En 1587 se construyó la de Sevilla por Juan Arfe, con la colaboración de Ballesteros.

Las estatuas que la adornan, de estilo barroco y muy malas por cierto, son de Segura; no así las estatuas primitivas, que están admirablemente modeladas.

En su conjunto es severa y grandiosa; mide tres metros y medio de altura.

También es muy hermosa la de Palencia, de J. Benavente, contemporáneo de Arfe, aunque acusan cierta desproporción algunas figuritas de época barroca; en su conjunto es severa de línea y de labor finísima.

La rica custodia de Granada, notabilísima obra de la orfebrería del Renacimiento; las de Burgos, Valladolid, Valencia, Córdoba, Segovia, León, Baeza y muchísimas más que son obras portentosas de aquella época, en que los genios del arte sentían la fe religiosa, y en que los amantes de la religión tenían fe para costear las obras suntuosas y admirables del arte cristiano.

A. DELGADO CASTILLA